



—Puede usted contar conmigo, señora Weber.



IV

El Compañero.

—Oye tú, “Chirlo:”
¿no sabrías acaso de algún puesto vacante en cualquier taller de construcción?... Este muchacho ha estado de fogonero en los paquebots y quisiera encontrar trabajo.

Aquel í quien llamaban “el Chirlo,” gran mocetón de chaqueta y gorra, y surcada la cara de una larga cicatriz, ocasionada por un accidente del oficio, acercóse al mostrador, pues casi siempre en una taberna del suburbio es donde han tenido lugar esas escenas de enganche, y después de mirar de arriba abajo al compañero que

le presentaban, y tocándole los brazos, dijo con tono doctoral:

—Algo endeble de brazos es; pero puesto que ha sido fogonero en un vapor....

—Tres años, dijo Jack.

—Pues, hijo, eso prueba que eres más fuerte de lo que parece.... Vete á casa de los Eyssendeck, esa casa grande de la calle Oberkampf. Allí piden operarios. Dile al segundo que quien te envía es “el Chirlo.” Y ahora, si quieres ofrecernos una copa de la botella....

Pagó Jack la copa, fué á las señas que acababan de darle, y una hora más tarde, contratado en casa de Eyssendeck con seis francos diarios, seguía la calle del Arrabal del Temple, con la cabeza alta y mirada alegre, en busca de un cuarto no muy distante de la fábrica. Iba á ponerse el sol; estaba la calle muy animada, por ser lunes, día feriado ya en todos los barrios excéntricos, y sobre aquella larga vía inclinada había una circulación no interrumpida de gentes que bajaban hacia la ciudad ó que se alejaban aún más de ella. Las tabernas, abiertas, vomitaban parroquianos hasta las aceras. Bajo las anchas puertas cocheras, las carretas y otros vehículos desenganchados, con las varas en el aire, anunciaban el momento del descanso. ¡Qué tumulto, sobre todo, más allá del canal! ¡Qué hormigueo sobre aquel pavimento desigual, agrietado ya para las revoluciones de todos los carricóches que lo surcan sin cesar, siguiendo los riachuelos, cargados de víveres, de legumbres baratas, de pescado, todo un mercado ambulante en el que las obreras—infelices mujeres á las que aleja de su casa el trabajo diario—compran la cena de la familia esperando el momento de prepararla! Y gri-

tos de los mercados, gritos de París, alegres unos, subiendo en notas agudas, tan lentos los demás, tan monótonos, que parecen arrastrar en pos de ellos todo el peso de la mercancía anunciada.

Jack, en medio de aquella animación, seguía acechando, en la escasa claridad que quedaba, los letreos amarillos de los cuartos amueblados. Era feliz: estaba lleno de valor, de esperanza, impaciente por comenzar la doble vida de obrero y de estudiante que iba á emprender. Le empujaban, le atropellaban, y él nada notaba. No sentía el frío de aquella tarde de Diciembre, no oía las obrerillas decirse una á otra, al pasar junto á él: “¡Qué buen mezo!” Sólo le parecía que el inmenso arrabal participaba de su alegría, de su confianza, y le animaba con ese continuo buen humor, que es el fondo del carácter parisiense. En aquel momento, la retreta, tocando en la calle, trajo en medio de la muchedumbre un grupo compacto, apenas distinto, pasos acompasados, un poco de armonía, una especie de “Angelus” con clarín, que seguían los muchachos silbando. Y todas las caras se alegraban al oír aquella nota viva en medio del cansancio.

—¡Qué agradable es vivir! ¡Cuánto voy á trabajar!... decía Jack mientras iba andando.

De repente chocó contra una gran cesta, cuadrada como un órgano, llena de sombreros de fieltro y de gorras. Al verlo arrimado contra la pared, recordó Jack la fisonomía de Belisario. Ya se le parecía el cesto aquel; pero lo que completó el parecido, es que el cesto descansaba á la puerta de un tenducho que olía á cuero y á pez y presentaba en su estrecho escaparate varias h'e-

ras de fuertes suelas, adornadas de clavos fuertes y relucientes.

Jack recordó el eterno sufrimiento de su amigo el vendedor ambulante, su ensueño no satisfecho de calzado hecho á su medida; y mirando hacia la tienda, vió, en efecto, la silueta pesada y grotesca del vendedor de gorras, siempre tan feo, pero más limpio, mejor vestido. Sintió Jack verdadera alegría al verle, y después de haber llamado dos ó tres veces, entró sin que lo notara Belisario, absorto en la contemplación de un calzado que le estaba enseñando el tendero. No era para él; era para un niño de unos cuatro á cinco años, pálido, hinchado, cuya cabeza enorme se movía sobre unos hombros delgaduchos. Mientras le probaba el zapatero las botitas, hablábale el vendedor al niño con su cariñosa sonrisa:

—¿Se está bien ahí dentro, verdad, querido?.....
¿Quién va á tener calorcito en sus piecitos?... Mi amiguito Weber.

No pareció sorprenderle la aparición de Jack.

—¡Hombre, está usted ahí! le dijo tan tranquilamente como si lo hubiera visto la víspera.

—¡Hola, Belisario! ¿Qué hace usted ahí? ¿Es de usted este niño?

—¡Oh, no! Es el nene de la señora Weber, dijo el vendedor ambulante con una sonrisa que significaba claramente: "De buena gana quisiera yo que fuese mío."

Y añadió dirigiéndose al tendero:

—¿Se los ha hecho usted bien anchos, verdad? Que pueda alargar bien los dedos.... ¡Qué desgraciado es el que tiene un calzado que le aprieta!

Y el pobre diablo miraba sus pies con una desesperación que de sobra daba á entender que si podía encargarle calzado á la medida al hijo de la señora Weber, no era él suficientemente rico para permitirse el mismo lujo.

Por fin, cuando le hubo preguntado veinte veces al niño si estaba á gusto, haciéndole dar patadas en el suelo, sacó Belisario penosamente de su chaqueta un largo bolsillo de lana encarnada, con sortijas de metal, y cogió algunas monedas de plata, que puso en la mano del zapatero, con ese aire reflexivo, importante, que toman las gentes del pueblo cuando se trata de dar dinero.

Y ya una vez fuera:

—¿Por dónde va usted, compañero?... preguntóle á Jack con tono significativo, como si le quedara por decir: "Si usted va por aquí, yo me marcharé por allí."

Jack, que notaba aquella frialdad, sin poderse la explicar, contestó:

—Pues, la verdad, no sé á dónde voy.... Estoy como jornalero en casa de Eyssendeck, y busco un cuarto que no esté demasiado lejos de mi taller.

—¡En casa de Eyssendeck!.... dijo el vendedor ambulante, que conocía todas las fábricas del arrabal; no es fácil entrar ahí. Se necesita una buena cartilla.

Y miró fijamente á Jack, para el cual fué una revelación esa palabra de "cartilla." Sucédiale con Belisario lo que le había sucedido con el Sr. Rivals. Tambiéndole aquél le creía culpable del robo de los seis mil francos: tan verdad es que esas acusaciones, aun cuando son reconocidas injustas, dejan manchas indelebles. Pero cuando supo Belisario lo que había ocurrido en Indret; cuando hubo visto la declaración del director, su fiso-

nomía cambió de repente, y su adorable mueca sonriente iluminó su faz terrosa, como en tiempos mejores:

—Mire usted, Jack, es muy tarde para buscar un cuarto. Va usted á venir á mi casa, pues ahora estoy por cuenta mía y tengo una gran habitación, en donde dormirá usted esta noche. . . . Sí, hombre, sí. . . . Es más; tengo algo muy bueno que proponerle. Pero hablaremos de eso comiendo. . . . ¡Vamos andando!

Y ya van los tres: Jack, el vendedor ambulante y el niño de la señora Weber, cuyos zapatos nuevos sonaban en la acera, subiendo el Arrabal hacia Menilmontant, en donde vivía Belisario, en la calle de Panoyaux.

Durante el trayecto, contábale á Jack que habiéndose quedado viuda su hermana de Nantes, había vuelto á París con ella; que ya no recorría la provincia, y que no había que quejarse mucho del comercio. . . . y de cuando en cuando, en medio de su historia, interrumpíase para lanzar su grito de “¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!” en aquel trayecto, en el que le conocían todas las fábricas. Pero tuvo que coger en sus brazos al niño de la señora Weber, que se quejaba.

—¡Pobrecito!, decía Belisario; no tiene costumbre de andar. Nunca sale, y para llevármelo conmigo algunas veces, acabo de mandarle hacer ese hermoso par de zapatos á la medida. La madre está fuera todo el día. Su oficio es llevar pan á las casas. ¡Un oficio muy duro, y una mujer muy buena y muy valiente!. . . . Sale por la mañana á las cinco, distribuye pan hasta las doce, vuelve para comer algo, y echa á andar otra vez á su panadería hasta por la noche. Mientras tanto, queda el niño en casa. Una vecina lo vigila, y cuando nadie puede ocuparse de él, lo ponen delante de la mesa, ata-

do á su silla, por causa de las cerillas. Ya hemos llegado.

Entraron en una de esas grandes casas obreras agujereadas de mil ventanas estrechas, surcadas por largos pasillos en los que los pobres ponen su cocina y su cuarto ropero, pues nada cabe en sus reducidas viviendas. Las puertas dan á esos pasillos y dejan ver cuartos llenos de humo y de chiquillos que gritan. En aquel momento comía la gente. Jack, al pasar, veía personas sentadas á la mesa, alumbrádoles una mala vela, y oía sobre las mesas el ruido de una grosera vajilla.

—¡Que aproveche, amigos! decía el vendedor ambulante.

—¡Buenas noches, Belisario! contestaban bocas llenas, voces alegres, amigables. En ciertos sitios era la cosa más triste. Ni lumbre, ni luz; una mujer, niños acechando al padre, esperando que trajese aquella noche, lunes, lo que le quedaba de su paga del sábado.

El cuarto de Belisario estaba en el sexto piso, en el fondo del pasillo, y vió Jack todos esos miserables interiores obreros, estrechados como alvéolos de una colmena cuya cúspide hubiese habitado su amigo. Y, sin embargo, el pobre Belisario parecía estar muy orgulloso de su habitación.

—Va usted á ver, Jack, qué bien instalado estoy, cuánto sitio tengo. . . . Sólo que espere usted. . . . Antes de entrar en nuestra casa, preciso es que lleve al niño á casa de la señora Weber.

Buscó delante de la puerta contigua á la suya una llave bajo el ruedo, abrió como hombre al corriente de las costumbres de la casa, se fué derecho á la estufa, en donde cocía desde las doce la sopa de por la noche,

y encendió luz, luego, después de atar al niño en lo alto de la silla, delante de la mesa, y darle dos tapaderas de cazuela para que se distrajera:

—Ahora, dijo, vámonos pronto. La señora Weber va á volver y tengo ganas de oír lo que dirá cuando vea las botas nuevas del chiquilló. ¡Verá usted qué broma! Claro que la pobre no puede sospechar de dónde cae ese calzado. ¡Hay tanta gente en casa, y la quieren tanto!... Vamos á divertirnos.

Veíase ya, abriendo la puerta de su cuarto, una larga pieza abuhardillada, dividida en dos por una especie de alcoba con cristales. Un montón de gorras y de sombreros anunciaba la profesión del inquilino, y la desnudez de las paredes denotaba su pobreza.

—Pero, Belisario, le preguntó Jack: ¿no vive usted ya con su familia?

—No, dijo el vendedor ambulante, algo molesto y rascándose la cabeza, según costumbre en semejante caso. Ya sabe usted que en las familias numerosas no siempre están todos de acuerdo. A la señora Weber le ha parecido que no era justo que yo trabajara para todos, sin ganar nunca nada para mí. Me ha aconsejado que viva aparte.... Y, en efecto, desde entonces gano el doble; puedo sostener á mis padres, y economizo algo. A la señora Weber es á quien debo esto. ¡Es una mujer muy lista!

Mientras hablaba, preparaba Belisario su lámpara, arreglaba su mercadería y se ocupaba de la comida: una soberbia ensalada de patatas con arenques, que estaba sazonzándose desde hacía tres días, lo cual le dió un sabor de primera. Sacó de un armario de madera blanca dos platos pintarrajados, un cubierto de estaño, otro de

boj, pan y vino, un manojo de rábanos, y todo lo colocó sobre un aparador cojo, fabricado, como el armario, por un carpintero del Arrabal. Pero el vendedor ambulante estaba orgulloso de su mobiliario y de su cuarto, y decía: “el aparador,” “el armario,” de una manera absoluta, cual si hubiese poseído muebles de gran precio.

—Ahora podemos comer, dijo enseñando su cubierto con aire triunfal; un verdadero cubierto al que servía de mantel un periódico. “Claro está que esto no vale el famoso jamón que usted me ofreció allá en el campo. ¡Dios de Dios, qué jamón!... Nunca he comido nada semejante.”

También las patatas estaban verdaderamente buenas, y Jack les metió mano. Belisario, contentísimo al ver el apetito de su amigo, también atizaba de firme, pero sin dejar de cumplir sus obligaciones de amo de casa, levantándose á cada momento para vigilar el agua que cocía en la lumbre, ó para moler el café entre sus rodillas estevadas.

—Oiga usted, Belisario, observó Jack: ¿sabe usted que está instalado de primera?... ¡Esto es una casa completa!

—¡Oh! Hay aquí muchas cosas que no me pertenecen. La señora Weber es quien me las presta, mientras tanto.

—¿Mientras qué, Belisario?

—Pues mientras llega el día de la boda, dijo valientemente el vendedor ambulante, pero con dos placas rojas en las mejillas. Y viendo que Jack no se burlaba de él, continuó: “Este matrimonio es cosa convenida entre nosotros hace algún tiempo; y es una

gran dicha que yo no esperaba el que consienta la señora Weber en volverse á casar. Había sido tan desgraciada con su primer marido, un bandido, que se emborrachaba y que le pegaba cuando estaba ebrio. . . . ¡Diga usted si no es un pecado levantar la mano sobre una mujer tan hermosa! . . . Luego la verá usted, cuando vuelva. ¡Y tan buena y tan valiente! . . . Le juro á usted que no seré yo quien le toque al pelo de la ropa; y que si quiere ella pegarme. . . . pues me estaré quieto.”

—¿Y cuándo piensa usted casarse? preguntó Jack.

—¡Ahí está el demonio! Yo quisiera en seguida; pero la señora Weber, que es la misma razón, dice que al precio que están los comestibles, no tenemos bastante dinero para poner casa solos, y quisiera que tuviésemos un compañero.

—¿Un compañero?

—Pues sí. . . . Eso se hace con frecuencia en nuestros barrios cuando hay poco dinero. Se busca un compañero soltero ó viudo, que va á medias con el gasto. Se le da cuarto, ropa blanca. ¡Ya ve usted qué economía para todo el mundo! Donde hay para dos, hay para tres. Lo difícil es hallar un buen compañero, serio, activo que no traiga desorden á la casa.

—¿Y yo Belisario, le parece á usted que puedo convenirle? ¿Me halla usted bastante serio?

—¿De veras, Jack? ¿Usted consentiría? Lo estoy pensando desde hace una hora; pero no me atrevía á hablarle á usted.

—¿Y por qué?

—Pues, mire usted. . . . Está esto tan miserable. . . . Vamos á tener una casita tan modesta. . . . Quizás no

fuera suficiente para un mecánico que va á ganar seis y siete francos diarios.

No, no, Belisario. No será demasiado poca para mí su comida. Tengo que hacer grandes economías; tengo que ser razonable, pues también yo pienso casarme,

—¡Hombre! . . . Pues entonces no podemos arreglarnos. . . . dijo consternado el vendedor.

Jack se echó á reír, y le explicó que su matrimonio no podía ser un hecho hasta dentro de cuatro años, y eso trabajando él mucho.

—Pues queda dicho. Usted será el compañero y un compañero de primera. ¡Qué suerte la de habernos encontrado! Cuando pienso que si no se me hubiera ocurrido el comprarle calzado al chiquillo. . . . ¡Chist! No haga usted ruido. Ya está ahí la señora Weber. Vamos á reírnos un rato.

Un terrible paso de hombre, vigoroso y apresurado, hacía temblar la escalera y el pasamanos. Sin duda lo oyó el niño, pues lanzó una especie de berrido, pegando sobre la mesa con las tapaderas de la cazuela.

—¡Aquí estoy, aquí estoy, hijo mío! ¡No llores, querido! gritaba la repartidora de pan, consolando á su hijo desde el fondo del pasillo.

—Escuche usted. . . dijo en voz baja Belisario. Oíase una puerta que abría, luego una exclamación, seguida de una carcajada joven y sonora. La cara de Belisario, durante ese tiempo formaba mil arrugas, llenas de satisfacción.

Aquella ruidosa alegría que se oía en todo el piso, merced á la endeblez de los tabiques, acercóse á los dos amigos é hizo su entrada en la buhardilla bajo la figura de una mujer alta y vigorosa, de unos treinta á treinta